

Su destino infeliz, y en triste duelo
 Su fin infausto denunciaste al cielo.
 Tú aquel solar bañabas,
 Do siempre incorruptibles se albergaron
 La patria y el valor. Mis ojos vean
 El suelo que él hollaba,
 El espacio feliz do respiraba,
 Y en mi llanto y dolor bañados sean.

¡Y nada encuentro! ¡Y la venganza airada
 Nada indultó! Su bárbara violencia
 La inocente morada
 De la opresa virtud sufrir no pudo.
 Derrocóla; en su vez, solo, afrentoso,
 El padron del oprobio allí se mira,
 Que á dolor congojoso
 Incita el pecho y á furor sañudo,
 Cuando contempla á la ignominia dado
 Tan santo sitio y al silencio mudo.
 ¡Mudo silencio! No; que en él aun vive
 Su grande habitador: vedle cuán lleno
 De generosa ira
 Clamando en torno de nosotros gira.

« Castellanos, alzáo; la inmensa huella
 Corrió de tres edades
 Por mi sangre infeliz; corrió, y aun ella
 Hierve reciente y á venganza os llama.
 ¿ Queréis por dicha conllevar la pena
 Del siglo vil á quien mi muerte infama?
 ¿ Seguir besando la fatal cadena?
 ¿ Vuestro mal merecer? Volved los ojos,
 Volved atrás, y contempladme cuando
 Yo di á la tierra el admirable ejemplo
 De la virtud con la opresion luchando.
 Entónces los clamores
 De la fremente patria en vano oisteis,
 Negándoos á su voz, y fascinados
 Tras la execrable esclavitud corristeis,

Forjando ¡oh indignacion! los torpes lazos
 Que oprobio han sido á tan robustos brazos.

« Y aquella fuerza indómita, impaciente,
 En tan estrechos términos no pudo
 Contenerse, y rompió; como torrente
 Llevó tras sí la agitacion, la guerra,
 Y fatigó con crímenes la tierra.
 Indignamente hollada
 Gimió la dulce Italia, arder el Sena
 En discordias se vió, la África esclava,
 El Bátavo industrioso
 Al hierro dado y devorante fuego.
 ¿ De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,
 Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
 Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
 De sus sencillos lares
 Inútil valladar: de horror cubierto
 Vuestro genio feroz, hiende los mares,
 Y es la inocente América un desierto.

« Tantos estragos, sin respeto holladas
 Justicia y fe, la detestable ofensa
 Hecha á la patria de amarrarla al yugo
 Y ahogar su libertad, á un tiempo alzaron
 Su poderoso grito,
 Y á la atónita Europa despertaron.
 Ella sobre vosotros indignada
 Cayó y os oprimió. ¿ Qué se hizo entonces
 Vuestra vana altivez? La tiranía
 Que lenta os consumía
 Tendió su cetro bárbaro, y llamando
 Á la exicial supersticion, con ella
 Fué abierto el hondo precipicio en donde
 Se hundió al fin vuestro nombre,
 Viles esclavos, que en tan torpe olvido
 Sois la risa y baldon del universo,
 Cuyo espanto y escándalo habeis sido.

« Estremecéos, á la ignominia hoy dados,
 Mañana al polvo, ¿no mirais cuál brama,
 Con cuál furor se inflama
 La tierra en torno á sacudir del cuello
 La servidumbre? ¿Y se verá que, hundidos
 En ocio infame y miserable sueño,
 Al generoso empeño
 Los últimos voleis? No; que en violenta
 Rabia inflamado y devorante saña
 Ruja el leon de España,
 Y corra en sangre á sepultar su afrenta.
 La espada centellante arda en su mano,
 Y al verle, sobre el trono
 Pálido tiemble el opresor tirano.
 Virtud, patria, valor: tal fué el sendero
 Que yo os abrí primero;
 Vedle, holladle, volad; mi nombre os guie,
 Mi nombre vengador; á la pelea:
 Padilla el grito de las huestes sea,
 Padilla aclame la feliz victoria,
 Padilla os dé la libertad, la gloria. »

(Mayo de 1797.)

AL ARMAMENTO DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS

CONTRA LOS FRANCESES.

« Eterna ley del mundo aquesta sea:
 En pueblos ó cobardes ó estragados
 Que rueda á su placer la tiranía;
 Mas si su atroz porfia
 Osa insultar á pechos generosos
 Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
 Estréllese al instante,
 Y de su ruina brote el escarmiento. »
 Dijo así Dios: con letras de diamante
 Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
 Y en torrentes de sangre á la venganza
 Mandó después que lo anunciase al suelo.

Hoy lo vuelve á anunciar. En justa pena
 De tu vicioso y mísero abandono
 En tí su horrible trono
 Sentó el númen del mal, Francia culpable;
 Y sacudiendo el cetro abominable,
 Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila
 El genio atroz del insensato Atila.
 La furia que el mortífero estandarte
 Llevaban de Timur, mandan al lado
 De tu feroz sultan; ellos le inspiran,
 Y ya en su orgullo á esclavizar se atreve
 Cuanto hay del mar de Italia á los desiertos,
 Faltos siempre de vida y siempre yertos,
 Do reina el polo engendrador de nieve.

Llega, España, tu vez; al cautiverio
 Con nefario artificio
 Tus príncipes arrastra, y en su mano
 Las riendas de tu imperio
 Logró tener, y se ostentó tirano.
 Ya manda, ya devasta; sus soldados
 Obedeciendo en torpe vasallaje
 Al planeta de muerte que los guía,
 Trocaron en horror el hospedaje,
 Y la amistad en servidumbre impía.
 ¿Adónde pues huyeron,
 Pregunta el orbe estremecido, adónde
 La santa paz, la noble confianza
 La no violada fe? Vanas deidades,
 Que solo ya los débiles imploran.
 Europa sabe, de escarmiento llena,
 Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
 Esos atroces vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida;
 Nadie incline á esta gente fementida
 Por temor pusilánime la frente;
 Que nunca el alevoso fué valiente.
 Alto y feroz rugido

La sed de guerra y la sangrienta saña
 Anuncia del leon; con bronco acento
 Ensordeciendo el eco en la montaña,
 Á devorar su presa
 Las águilas se arrojan por el viento.
 Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata
 Al descuidado seno que la abriga
 Callada llega y ponzoñosa mata.
 Las víboras de Alcides
 Son las que asaltan la adorada cuna
 De tu felicidad. Despierta, España,
 Despierta, ¡ ay Dios! Y tus robustos brazos
 Haciéndolas pedazos
 Y esparciendo sus miembros por la tierra,
 Ostenten el esfuerzo incontrastable
 Que en tu naciente libertad se encierra.

Ya se acerca zumbando
 El eco grande del clamor guerrero,
 Hijo de indignacion y de osadía.
 Astúrias fué quien le arrojó primero:
 ¡ Honor al pueblo astur! Allí debía
 Primero resonar. Con igual furia
 Se alza, y se extiende adonde en fértil riego
 Del Ebro caudaloso y dulce Turia
 Las claras ondas abundancia brotan;
 Y como en selvas estallante fuego
 Cuando las alas de Aquilon le azotan,
 Que de pronto á calmar ni vuelto en lluvia
 Júpiter basta, ni los anchos rios
 Que oponen su creciente á sus furios;
 Los ecos libradores
 Vuelan, cruzan, encienden
 Los campos oliviferos del Bétis,
 Y de la playa Cántabra hasta Cádiz
 El seno azul de la agitada Tétis.

Alzase España, en fin; con faz airada
 Hace á Marte señal, y el Dios horrendo

Despeña en ella su crujierte carro;
 Al espantoso estruendo,
 Al revolver de su terrible espada,
 Lejos de estremecerse, arde y se agita,
 Y vuela en pos el español bizarro.
 « ¡ Fuera tiranos! » grita
 La muchedumbre inmensa. ¡ Oh voz sublime,
 Eco de vida, manantial de gloria!
 Esos ministros de ambicion ajena
 No te escucharon, no, cuando triunfaban
 Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;
 Aquí te oirán y alcanzarás victoria;
 Aquí te oirán saliendo
 De pechos esforzados, varoniles;
 Y la distancia medirán, gimiendo,
 Que de hombres hay á mercenarios viles.

Fuego noble y sublime, ¿ á quién no alcanzas?
 Lágrimas de dolor vierte el anciano
 Porque su débil mano
 El acero á blandir ya no es bastante;
 Lágrimas vierte el terneuelo infante,
 Y vosotras tambien, madres, esposas,
 Tiernas amantes, ¿ qué furor os lleva
 En medio de esas huestes sanguinosas?
 Otra lucha, otro afán, otros enojos
 Guardó el destino á vuestros miembros bellos,
 Deben arder en vuestros negros ojos.
 « ¿ Quereis, responden, darnos por despojos
 Á esos verdugos? No: con pecho fuerte
 Lidiando á vuestro lado,
 Tambien sabrémos arrostrar la muerte.
 Nosotras vuestra sangre atajarémos;
 Nosotras dulce galardón serémos
 Cuando, de lauro y de floridos lazos
 La vencedora frente coronada,
 Reposo halleis en nuestros tiernos brazos. »

¿ Y tú callas, Madrid? Tú, la señora
 De cien provincias, que cual ley suprema

Adoraban tu voz, ¿callas ahora?
 ¿Adónde están el cetro, la diadema,
 La augusta majestad que te adornaba? —
 « No hay majestad para quien vive esclava:
 Ya la espada homicida
 En mí sus filos ensayó primero.
 Allí cayó mi juventud sin vida:
 Yo, atada al yugo bárbaro de acero,
 Exánime suspiro,
 Y aire de muerte y de opresion respiro. »

¡ Ah! respira mas bien aura de gloria,
 ¡ Oh corona de Iberia! Alza la frente,
 Tiende la vista; en iris de bonanza
 Se torna al fin la tempestad sombría.
 ¿ No oyes por el oriente y mediodía
 De guerra y de matanza
 Resonar el clamor? Arde la lucha,
 Retumba el bronce, los valientes caen,
 Y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,
 Descubre al mundo el espantoso estrago.
 Así sus llanos fértiles Valencia
 Ostenta, así Bailen, así Moncayo;
 Y es fama que las victimas de Mayo
 Lívidas por el aire aparecian;
 Que á su alarido horriendo
 Las francesas falanjes se aterraban;
 Y ellas, su sangre con placer bebiendo,
 El ansia de venganza al fin saciaban.

Genios que acompañais á la victoria,
 Volad, y apercibid en vuestras manos
 Lauros de Salamina y de Platea,
 Que crecen cuando lloran los tiranos.
 De ellos ceñido el vencedor se vea
 Al acercarse al capitolio ibero:
 Ya llega, ¿ no le veis? Astro parece
 En su carro triunfal, mucho mas claro
 Que tras tormenta el sol. Barred las calles

De ese terror que las yermaba un dia;
 Que el júbilo las pueble y la alegría;
 Los altos coronad, henchid los valles,
 Y en vuestra boca el apacible acento,
 Y en vuestras manos tremolando el lino,
 « Salve, exclamad, libertador divino,
 Salve, » y que en ecos mil lo diga el viento,
 Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande á sus leones
 Volar rugiendo al alto Pirineo,
 Y allí alzar el espléndido trofeo,
 Que diga: « Libertad á las naciones. »
 Tal es, ¡ oh pueblo grande! ¡ Oh pueblo fuerte!
 El premio que la suerte
 Á tu valor magnánimo destina.
 Así resiste la robusta encina
 Al temporal; arrójanse silvando
 Los fieros huracanes,
 En su espantoso vértigo llevando
 Desolacion y ruina; ella resiste.
 Crece el furor, redoblan su pujanza,
 Braman, y tiembla en rededor la esfera;
 ¿ Qué importa que á la verde cabellera
 Este ramo y aquel falte, arrancado
 Del impetu del viento, y luego muera?
 Ella resiste; la soberbia cima
 Mas hermosa al Olimpo al fin levanta,
 Y entre tanto meciéndose en sus hojas,
 Céfiro alegre la victoria canta.

(Julio de 1808.)

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No da con fácil mano
 El destino á los héroes y naciones
 Gloria y poder: la triunfadora Roma,
 Aquella á cuyo imperio

Se rindió en silenciosa servidumbre
 Obediente y postrado un hemisferio,
 ¡ Cuantas veces gimió rota y vencida
 Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
 Vedia ante Anibal sostenerse apenas :
 Sangre itálica inunda las arenas
 Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;
 Y las madres romanas,
 Como infausto cometa y espantoso,
 Ven acercarse al vencedor de Cánas.
 ¿ Quién le arrojó de allí? Quién hacía el solio
 Que Dido fundó un tiempo, sacudia
 La nube que amagaba al Capitolio?
 Quién con funesto estrago
 En los campos de Zama el cetro rompe
 Con que leyes dió al mar la gran Cartago?

La constancia : ella sola es el escudo
 Donde el cuchillo agudo
 La adversidad embota; ella convierte
 En deleite el dolor, la ruina en gloria;
 Ella fija el dudoso torbellino
 De la fortuna, y manda la victoria :
 Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
 ¡ Oh España! ¡ Oh patria! El luto que te cubre
 Muestre en tan grave afan tu amarga pena;
 Pero espera tambien, y con sublime
 Frente, de vil abatimiento ajena,
 La alta Gádes contempla y sus murallas
 Besadas por las olas,
 Que asombradas aun y enrojecidas
 Tiéndense allí por las sonantes playas,
 Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el breton en el soberbio alcázar
 Que corona su indómito navio,
 Y ufano con su gloria y poderio,
 « Allí están, exclamó; volved los ojos,
 Compañeros, allí : nuevos despojos

Ya vuestra invicta mano
 Va á conseguir en los endebles pinos
 Que España apresta á su defensa en vano.
 Libre de esclavitud no sea ninguno :
 Hijos somos nosotros de Neptuno,
 ¿ Y ellos osan surcar el Océano?
 Acordaos de Abukir : ¡ solo un momento
 Llegar, vencer y devorarlo sea!
 Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
 Que el opulento Tamesis me vea. »

Dijo; y tiende la vela : ellos le siguen
 Abriendo el mar con sus nadantes proras
 Del viento y de las ondas vencedoras;
 Mientras que firme el español los mira,
 Y despreciando su arrogancia fiera,
 El noble pecho palpitando en ira,
 Con impávida frente los espera.
 ¡ Ira justa! ¡ Ardor santo! Esos crueles,
 Bajo las alas de la paz seguros,
 Son los que nuestra sangre derramaron
 Por vil codicia, á la amistad perjuros;
 Esos los que á perpetua tiranía
 Condenaron el mar, los que hermanaron
 Del poder la insolencia y la soberbia
 Con la rapacidad y alevosía;
 Esos... La noche con su negro manto
 Envuelve el mundo : sombras espantosas
 En torno de los mástiles vagando,
 Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
 La pavorosa espectacion; el dia
 Abre el campo al furor, y horrendo Marte
 Con clamores de guerra hinche la esfera
 Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce.
 Con mortal estampido el eco truena,
 Y por el mar llevándose bramando,
 Hasta en las costas de África resuena.

Vuelan, movidas de rencor, las naves
 Con naves á encontrar : menos violentas
 Despide el polo austral sierras de hielo,
 Que con su mole inmensa y resonante
 Por las fáciles ondas se deslizan,
 Y al audaz navegante atemorizan :
 Ni con estruendo igual turban el cielo
 Las negras tempestades,
 Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
 Á su furiosa guerra y duro encuentro
 Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,
 Creyendo en su pujanza
 Romper de nuestra escuadra el fuerte muro
 Tres veces rechazado
 Por el hispano esfuerzo, ya dudosa
 Ve la victoria que esperó seguro.
 ¿Quién su despecho pintará y su saña
 Cuando aquel pabellon, antes tan fiero,
 Miró invencible al pabellon de España?
 No hay saber, no hay valor, solo ya fia
 Su fortuna al poder : dobla sus naves
 Y las redobla en desigual pelea,
 De popa á proa, en uno y otro lado
 Cada español navío
 De mil rayos y mil es contrastado;
 Y él, con igual aliento
 Que recibe la muerte, así la envía.
 No : si cien voces yo, si lenguas ciento
 Me diese el cielo, a numerar bastara
 Las ínclitas hazañas de aquel día :
 El humo al sol se las robaba entonces ;
 Pero la fama las dirá en su trompa,
 Las artes en sus mármoles y bronceés.

Llega el momento en fin, tiende la muerte
 Su mano horrible y pálida, y señala
 Víctimas grandes el valiente Alcedo,

Castañas, Móyua, intrépidos perecen :
 Vosotros dos tambien, honor eterno
 De Bética y Guipúzcoa !... ¡Ah, si el destino
 Supiese perdonar! ¿Cómo á aplacarlo
 La oliva no bastó que unió Minerva
 Á los lauros de Marte en vuestra frente?
 ¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente
 Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
 De vuetsras sabias huellas
 Llenos están de América los mares,
 Las Cieladas lo están; viuda la patria
 De tantos héroes que enlutada llora,
 Pide á su corazon lágrimas nuevas
 Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.
 ¡ Ah ! ¡ Vivierais los dos ! Y en vez de llanto,
 Del dolorido canto
 Que mi fúebre acento hoy os consagra,
 Pudiera ya contraponer el pecho
 Al golpe atroz y recibir la herida :
 Diera á la patria así mi inútil vida,
 ¡ Y vivierais los dos ! Y ella orgullosa
 Con vuestra luz y espíritu valiente,
 Al arduo porvenir hiciera frente,
 De rayos coronada y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,
 Generoso escuadron, allí caiste;
 Tambien brotando á rios
 La sangre inglesa inunda sus navíos;
 Tambien Albion pasmada
 Los montes de cadáveres contempla,
 Horrendo peso á su soberbia armada;
 Tambien Nelson allí... Terrible sombra,
 No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
 Que vil insulte á tu postrer suspiro :
 Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
 ¡ Oh golpe ! ¡ Oh suerte ! El Támesis aguarda

1. Don Dionisio Alcalá Galiano y don Cosme Churruca.

De las naves caulivas
 El confuso tropel, y ya en idea
 Goza el aplauso y los sonoros vivas
 Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
 Solo le verá entrar pálido y yerto :
 Ejemplo grande á la arrogancia humana,
 Digno holocausto á la afliccion hispana.

Así el furor de Marte
 Impele el brazo de la parca, y siega
 Vidas sin fin : lanzado por la rabia
 Cunde el fuego voraz, las tablas arden,
 Un volcan encendido
 Es cada buque, por los aires vagos
 Se alza y retumba el hórrido estallido,
 Y los sepulta el mar. ¿Hay mas estragos?
 Sí; que el cielo, ominoso á tal porfia,
 Manda á los aquilones inclementes
 Separar los feroces combatientes
 Y en borrascosa noche hundir el dia.
 Lo manda; ellos crueles,
 Azotando las ondas con sus alas,
 Se arrojan á los miseros bajeles
 Al nuevo asalto, al sin igual combate
 Fallece el árbol trémulo y se abate;
 Hiéndose la armazon, el Océano
 Por el roto entrepuente entra bramando;
 Y moribundo el español exclama :
 « ¡ Ah ! Pereciese yo, pero lidiando. »

En tan atroz conflicto
 Allá en las nubes la gloriosa frente
 Asomaban los fuertes campeones
 Que armados del tridente y del acero
 Al pabellon ibero
 Hicieron humillarse las naciones.
 Lauria y Tovar se vian,
 Avilés y Bazan, que, saludando
 A los héroes de Hesperia que morian,

« Venid entre nosotros, les decian;
 Venid entre los bravos que imitasteis.
 Ya el premio hermoso del valor ganasteis;
 Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
 España, concitando sus guerreros,
 Magnánima se apresta á nuevas lides :
 Volved la vista á la ciudad de Aleides :
 Gravina, Eseaño, y Alava, y Cisneros,
 Y otros ciento allí están, firme coluna,
 Dulce esperanza á nuestro patrio suelo :
 Venid, volad al cielo,
 Y sed astros de esfuerzo y de fortuna. »

(1805.)

Á LA EXPEDICION ESPAÑOLA

PARA PROPAGAR LA VACUNA EN AMÉRICA BAJO LA DIRECCION DE
 DON FRANCISCO BALMIS.

¡ Virgen del mundo, América inocente !
 Tú, que el preciado seno
 Al cielo ostentas de abundancia lleno,
 Y de apacible juventud la frente ;
 Tú, que á fuer de mas tierna y mas hermosa
 Entre las zonas de la madre tierra,
 Debiste ser del hado,
 Ya contra tí tan inclemente y fiero,
 Delicia dulce y el amor primero ;
 Óyeme : si hubo vez en que mis ojos,
 Los fastos de tu historia recorriendo,
 No se hinchasen de lágrimas ; si pudo
 Mi corazon sin compasion, sin ira
 Tus lástimas oír, ¡ ah ! que negado
 Eternamente á la virtud me vea,
 Y bárbaro y malvado
 Cual los que así te destrozaron sea.

Con sangre están escritos
 En el eterno libro de la vida

Esos dolientes gritos
 Que tu labio afligido al cielo envia.
 Claman allí contra la patria mia.
 Y vedan estampar gloria y ventura
 En el campo fatal donde hay delitos.
 ¿No cesarán jamás? No son bastantes
 Tres siglos infelices
 De amarga expiacion? Ya en estos dias
 No somos, no, los que á la faz del mundo
 Las alas de la audacia se vistieron
 Y por el ponto Atlántico volaron;
 Aquellos que al silencio en que yacias,
 Sangrienta, encadenada, te arrancaron.

« Los mismos ya no sois; pero ¿mi llanto
 Por eso ha de cesar? Yo olvidaria
 El rigor de mis duros vencedores;
 Su atroz codicia, su inclemente saña
 Crimen fueron del tiempo, y no de España.
 Mas ¿cuándo ¡ay Dios! los dolorosos males
 Podré olvidar que aun mísera me ahogan?
 Y entre ellos... ¡Ah! venid á contemplarme,
 Si el horror no os lo veda, emponzoñada
 Con la peste fatal que á desolarme
 De sus funestas naves fué lanzada.
 Como en árida mies hierro enemigo,
 Como sierpe que infesta y que devora,
 Tal su ala abrasadora
 Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.
 Miradla abraceverse, y cual sepulta
 Allá en la estancia oculta
 De la muerte mis hijos, mis amores.
 Tened ¡ay! compasion de mi agonía
 Los que os llamais de América señores:
 Ved que no basta á su furor insano
 Una generacion; ciento se traga;
 Y yo, expirante, yerma, á tanta plaga
 Demando auxilio, y le demando en vano. »

Con tales quejas el Olimpo heria
 Cuando en los campos de Albion natura
 De la viruela hidrópica al estrago
 El venturoso antidoto oponia.
 La esposa dócil del celoso toro
 De este precioso don fué enriquecida,
 Y en las copiosas fuentes le guardaba,
 Donde su leche cándida á raudales
 Dispensa á tantos alimento y vida.
 Jenner lo revelaba á los mortales.
 Las madres desde entónces
 Sus hijos á su seno
 Sin susto de perderlos estrecharon,
 Y desde entonces la doncella hermosa
 No tembló que estragase este veneno
 Su tez de nieve y su color de rosa.
 Á tan inmenso don agradecida
 La Europa toda en ecos de alabanza
 Con el nombre de Jenner se recrea;
 Y ya en su exaltacion eleva altares
 Donde, á par de sus genios tutelares,
 Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria á la radiante lumbre,
 En noble emulacion llenando el pecho,
 Alzó la frente un español: « No sea,
 Clamó, que su magnánima costumbre
 En tan grande ocasion mi patria olvide.
 El don de la invencion es de fortuna,
 Gócele allá un inglés; España ostente
 Su corazon espléndido y sublime,
 Y dé á su majestad mayor decoro
 Llevando este tesoro
 Donde con mas violencia el mal oprime.
 Yo volaré; que un númen me lo manda;
 Yo volaré: del férvido Océano
 Arrostraré la furia embravecida
 Y en medio de la América infestada
 Sabré plantar el árbol de la vida. »

Dijo; y apenas de su labio ardiente
 Estos ecos benéficos salieron,
 Cuando tendiendo al aire el blando lino,
 Ya en el puerto la nave se agitaba
 Por dar principio á tan feliz camino.
 Lánzase el argonauta á su destino.
 Ondas del mar, en plácida bonanza
 Llevad ese depósito sagrado
 Por vuestro campo líquido y sereno;
 De mil generaciones la esperanza
 Va allí, no la anegueis, guardad el trueno,
 Guardad el rayo y la fatal tormenta
 Al tiempo en que, dejando
 Aquellas playas fértiles, remotas,
 De vicios y oro y maldicion preñadas
 Vengan triunfando las soberbias flotas.

Á Balmis respetad. ¡ Oh heróico pecho,
 Que en tan bello afanar tu aliento empleas!
 Vé impávido á tu fin. La horrenda saña
 De un ponto siempre ronco y borrascoso,
 Del vértigo espantoso
 La devorante boca,
 La negra faz de cavernosa roca
 Donde el viento quebranta los bajeles,
 De los rudos peligros que te aguardan
 Los mas grandes no son ni mas crueles.
 Espéralos del hombre: el hombre impio,
 Encallado en error, ciego, envidioso,
 Será quien sople el huracan violento
 Que combata bramando el noble intento.
 Mas sigue, insiste en él firme y seguro;
 Y cuando llegue de la lucha el dia,
 Ten fijo en la memoria
 Que nadie sin teson y ardua porfia
 Pudo arrancar las palmas de la gloria.

Llegas en fin. La América saluda
 Á su gran bienhechor, y al punto siente

Purificar sus venas
 El destinado bálsamo: tú entónces
 De ardor mas generoso el pecho llenas;
 Y obedeciendo al númen que te guia,
 Mandas volver la resonante prora
 Á los reinos del Ganges y á la aurora.
 El mar del Mediodía
 Te vió asombrado sus inmensos senos
 Incansable surcar; Luzon te admira,
 Siempre sembrando el bien en tu camino,
 Y al acercarte al industrioso chino,
 Es fama que en su tumba respetada
 Por verte alzó la venerable frente
 Confucio, y que exclamaba en su sorpresa:
 « ¡ Digna de mi virtud era esa empresa! »

¡ Digna, hombre grande, era de tí! ¡ Bien digna
 De aquella luz altísima y divina,
 Que en dias mas felices
 La razon, la virtud aquí encendieron!
 Luz que se extingue ya: Balmis, no tornes
 No crece ya en Europa
 El sagrado laurel con que te adornes.
 Quédate allá, donde sagrado asilo
 Tendrán la paz, la independencia hermosa;
 Quédate allá, donde por fin recibas
 El premio augusto de tu accion gloriosa.
 Un pueblo, por tí inmenso, en dulces himnos
 Con fervoroso celo
 Levantará tu nombre al alto cielo;
 Y aunque en los sordos senos
 Tú ya durmiendo de la tumba fria,
 No los oirás, escúchalos al menos
 En los acentos de la musa mia.

(Diciembre de 1806.)

Á LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

Dos lustros ya de plácido sosiego
Sobre el regazo de la paz hermosa
Gozado el mundo habia;
Y adormecido el fuego
De la discordia atroz, la espada ociosa
Entre el polvo y orin se consumia.
Nada turbó las candidas auroras
De tan dulce quietud; logró en su asilo
El labrador tranquilo
Ver coronadas de su afan las horas.

Mas sangre y fuego respirando viene
Con violento ademan Mavorte fiero,
Y á la cumbre escarpada
De la antigua Pirene
Sube ardiendo en furor; cruje el acero
De su carro espantoso, y empuñada
La mortífera lanza que blanda,
Mueve sañudo la execrable frente,
Y en su rabia impaciente
Cebarse en llanto y mortandad desea.

Tronó su voz; al escucharla entonces
El suelo en luto y en pavor gemia;
Destrozado, oprimido
Con los enormes bronce,
Vió la flor de la Hesperia que corria
De la bélica trompa al gran sonido.
¡Miseros! id donde el honor os lleva,
Ardiendo en ansia de funesta gloria;
Volad á la victoria,
Y haced de vuestro aliento heróica prueba.

¿Qué lograréis? El monstruo abominable
De vuestra insana ceguedad riendo,

Da la señal; ya sube
Del cañon formidable,
Al cielo vuestros crímenes diciendo,
De fuego y humo la ondeante nube.
Retumba el aire, y pavoroso esconde
Los gritos, el terror, el triste estrago;
El amago al amago,
La cólera á la cólera responde,

Muerte horrible á la muerte. Así espantoso
Bate las altas cimas de Apenino
El Aquilon sañudo;
Á su impetu fragoso
El cedro añoso y el soberbio pino,
Sin encontrar á su defensa escudo,
Caen; y el hondo valle estremeciendo,
Por los ecos aligeros llevado,
Asorda dilatado
De caverna en caverna el ronco estruendo.

Y en medio de la lucha fulminante
Es el furor tan bárbaro y tan ciego,
Que ni la tierna esposa
Ni la afligida amante
Templar podrán de la contienda el fuego
Con su memoria tierna y dolorosa.
Todo cae, agoniza; ¡hombres crueles!
Y acaso aspiran á dorar su estrago
Con el falaz halago
Del carro triunfador y sus laureles.

Mas no : junto á la rueda sanguinaria
Van la viudez y la orfandad que lloran.
Monarcas de la tierra,
¿La misera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término á la guerra;
Y si el rayo, el relámpago y el trueno
Vuestro poder mostraron á porfia,